

Prólogo

Leibniz fue un gran filósofo. Además, practicó otros muchos oficios a lo largo de su vida y destacó en casi todos ellos. Dicho en términos actuales, fue científico, ingeniero e inventor; matemático, físico y geólogo; lógico, epistemólogo y filólogo; aficionado al teatro, la ópera y la naturaleza, alquimia incluida; historiador, archivero y bibliotecario; cortesano, político y diplomático; teólogo, metafísico y moralista; esteta, barroco y musicólogo; economista, empresario y científico social; polemista, dialogante e irenista; alemán, europeo y mundial; y para completar este primer abanico de caracterizaciones de su vida y obras, fue cristiano, luterano y amante de Dios.

El vocablo *filósofo* está devaluado en el siglo XXI. Su campo semántico actual parece estar reducido a profesores de Filosofía, intelectuales de moda y hermeneutas de pensadores muertos. En tiempos de Leibniz, la filosofía abarcaba un océano de saberes (§ 6.5) y proponía teorías universalizantes (*Leviatán* de Hobbes, sistema solar de Kepler y Galileo, *Tratado del mundo* de Descartes, *Deus sive Natura* de Spinoza, etc.). Leibniz también reflexionó sobre los macrocosmos (§ 5.3 y 5.4), pero subrayó la importancia de lo pequeño: mónadas, infinitesimales, pequeñas percepciones, microscopios,

artesanías, juegos, festejos barrocos... El neologismo *archifilósofo* afirma que Leibniz fue *más que filósofo*, es decir: *plusquam-filósofo*. Se ocupó del mundo real, pero también de los mundos posibles y de todo tipo de ficciones. Teorizó lo imposible, más allá de lo que podría o debería haber sido. Reflexionó sobre los principios y aportó varios nuevos, como subrayó Ortega y Gasset (1955, 2021). Afirmó el principio de continuidad, es decir, la infinitud y la condición fractal de la naturaleza. Armonizó la necesidad y la libertad. Su deseo de aprender, viajar y relacionarse fue constante a lo largo de su vida. Tejizó y atendió una inmensa red de corresponsales, más de mil personas, con quienes practicó una *filosofía dialógica*, basada en la capacidad de ponerse en el lugar del otro, entendiendo lo que dice y hace, y ante todo sus porqués. Fue racionalista y empirista. Prestó atención a lo curioso y a lo raro. Fue barroco.

Fue archifilósofo por su increíble capacidad de aprender. Valga el ejemplo de las matemáticas. Los científicos ingleses no podían creer que el joven ambicioso e inexperto que visitó durante un mes la Royal Society en 1673, que desconocía algunas aportaciones básicas de la teoría de series y que incluso cometía errores aritméticos, hubiese podido descubrir por sí mismo el cálculo diferencial e integral tres años después. Pero así fue. Teniendo en cuenta que, etimológicamente, las matemáticas atañen a la enseñanza y al aprendizaje, Leibniz fue un archimatemático durante sus cuatro años en París y Londres (1672-76), porque sabiendo poco inventó mucho, incluida su célebre máquina de calcular. Cuadró el círculo y otras figuras geométricas por vías y procedimientos muy distintos a los de Newton, Gregory y Barrow. Inventó los determinantes y concibió una geometría más general que las de Euclides y Descartes. Incluso descubrió las magnitudes trascendentes, entre otros avances significativos, como sus aportaciones al cálculo de probabilidades, la teoría de juegos, la geometría perspectiva y las series infinitas. Así lo han mostrado los numerosos manuscritos inéditos que escribió sobre matemáticas durante su estancia en París y que no llegó a publicar, aunque lo intentó (§ 2.4 a 2.7, § 4.5 y § 6.7). Sus grandes aportaciones a la lógica, en la que se mostró al nivel de Aristóteles, vinieron después, cuando llegó a Hannover y tuvo tiempo y tranquilidad para

reflexionar sobre las verdades de razón y sus conexiones formales. Allí permaneció oficialmente durante cuarenta años, leyendo y escribiendo sin cesar, además de cumplir con sus ocupaciones como cortesano, consejero áulico, bibliotecario e historiador. Mantuvo estrechas relaciones con las principales cortes europeas, gracias al firme apoyo que le prestaron varias mujeres y damas nobles, destacando la princesa electora Sofía de Hannover y su hija Sofía Carlota, que fue la primera reina de Prusia.

Pitágoras de Samos, uno de los siete sabios de Grecia, fue quien denominó *filosofía* al deseo de saber: Leibniz estuvo poseído desde niño por ese deseo, hasta el punto de aprender latín y griego por sí mismo leyendo libros en la biblioteca de su difunto padre, según él mismo le contó al duque Juan Federico de Hannover (§ 1.8). Leyó y escribió más que nadie: fue «archilector» y «archiescritor» (§ 3.5). Tomaba notas de cuanto leía y escuchaba, e incluso de lo que hacía a diario. Dejó tantos manuscritos inéditos que tres siglos después de su muerte continúan publicándose volúmenes y más volúmenes en sus *Obras y correspondencias completas*, cuya edición corre a cargo de la Academia de Ciencias (Akademie der Wissenschaften), que él mismo fundó en Berlín (§ 5.8 y 6.6). Leibniz sigue vivo en tanto autor, puesto que aparecen escritos inéditos suyos cada dos años. La publicación sistemática de sus obras (*Akademie-Ausgabe*) empezó en 1923. Cien años después ha llegado a cincuenta volúmenes impresos, distribuidos en ocho series. Esa edición sigue un riguroso orden cronológico, basado en la fecha probable de escritura de cada texto. Se trata de una tarea ingente, germano-francesa en su origen e internacional en su desarrollo actual. Esa magna edición, repleta de pequeños fragmentos de gran interés que fueron recopilados para uso académico en la *Vorausedition* de la Universidad de Münster, no se interrumpió ni siquiera durante la II Guerra Mundial, pese a que la propia Leibniz-Haus de Hannover fue bombardeada y destruida por la aviación aliada. Dada la envergadura, duración y dificultad de tamaña empresa, la *Akademie-Ausgabe* (*Ak*) es comparable a la construcción de una gran catedral del conocimiento. Sus coetáneos decían de Leibniz que era una «enciclopedia viviente». El propio Diderot le consideró como uno de los grandes precursores de

la *Encyclopédie française*, en la cual es mencionado en más de cien artículos, dada la pluralidad y relevancia de sus aportaciones al conocimiento humano. Decir de Leibniz que fue el «último gran hombre universal», acaso con la excepción de Goethe, es casi un tópico. No llegó a ser archisabio, pero sí archifilósofo, dada su curiosidad universal y sus ganas de aprender y dialogar.

Por mi parte, afirmo su *pluralidad infinita* como pensador. Ocupa diversos lugares en la historia del pensamiento y de la acción humana porque sus escritos, iniciativas y proyectos han influido en muchos ámbitos del saber: la filosofía, las religiones, las ciencias, las técnicas, las lenguas, la lógica, la informática, el derecho, la política, la diplomacia, la teología, la historia, la paleontología, la filología, la biblioteconomía, la psicología e incluso, más recientemente, la economía y las ciencias sociales. Es un autor ubicuo en la historia: un polígrafo, no solo un filósofo. Fue un político relevante en Hannover, en Berlín y en el imperio vienés, lo cual no le impidió ser consejero personal del zar de Rusia, Pedro I el Grande (§ 6.3). Sus aportaciones teóricas siguen siendo estudiadas y resultan fecundas: de la *Akademie-Ausgabe* y del Leibniz-Archiv continúan emanando nuevas propuestas suyas, sobre todo en el ámbito de las matemáticas, la física, la química, la biología, la geología y la medicina, pero también en lo que actualmente denominamos humanidades, artes y ciencias sociales. Leibniz es archifilósofo porque sigue publicando escritos nuevos y relevantes sobre múltiples temas trescientos años después de su muerte.

Tuvo una vida muy activa, como se verá a lo largo del presente libro. Escribió mucho, publicó muy poco. Él mismo dijo al final de sus días que «quien me conoce por lo que he publicado, no me conoce». Pues bien, esa afirmación sigue resultando adecuada en 2023, a pesar de que la *Akademie Ausgabe* alemana y europea ya ha editado cincuenta volúmenes de sus escritos. Queda mucho Leibniz por publicar y por descubrir. Su dimensión creativa es ingente.

En el siglo XXI parece posible entender en gran medida a Leibniz, e incluso comprenderle. Tal es el propósito de esta biografía. Podrá parecer una meta desmesurada, dada la envergadura y complejidad del personaje. Sin embargo, durante las últimas décadas se han producido grandes avances en los estudios leibnizianos, no solo en la

publicación de sus obras y cartas. La presente obra ha sido escrita a hombros de investigadores muy competentes. La tarea continúa poco a poco, de menos a más, de lo pequeño a lo grande. Sin el trabajo previo de cientos de personas altamente cualificadas en el ámbito de los estudios leibnicianos, este libro se habría quedado varado en lugares comunes, como su presunto eclecticismo. Valga, pues, a título ejemplar, mi expreso reconocimiento y admiración por el gran trabajo de cuatro personas: Kurt Müller, Gisela Krönert, Eric J. Aiton y Maria Rosa Antognazza, aunque podría mencionar varias más. Sus respectivas biografías de Leibniz, muy distintas entre sí, han sido sólidas fuentes de inspiración para mi propio trabajo como investigador, cuyo comienzo se remonta a París (1975-76) y luego a Hannover (1976-78 y 1984-85), donde conté con la ayuda de muchas personas. Destaco a dos: Albert Heinekamp e Yvon Belaval. Ellos me descubrieron y mostraron el *segundo cadáver de Leibniz* (§ 6.14), es decir, sus manuscritos inéditos, y me ayudaron a aprender el difícil oficio de transcriptor, que el propio Leibniz practicó con Descartes, Pascal, Desargues, Spinoza y otros pensadores de su tiempo. Él investigaba fuentes primarias en los archivos y en la naturaleza, no solo leía libros.

La presente biografía se ocupa únicamente de la *primera vida de Leibniz*: la corporal (1646-1716). Al leerla, llamará la atención su vitalidad y su capacidad de trabajo: sus actividades, viajes, lecturas, escrituras y correspondencias en vida fueron numerosísimas e intensas. He intentado mostrar cómo fueron surgiendo sus teorías a lo largo de su vida, y aporto muchos detalles al respecto. Sin embargo, sus varias vidas *post mortem* han resultado todavía más variadas y complejas. Conforme sus obras inéditas se han ido publicando, Leibniz ha cambiado y evolucionado. Por otra parte, su pensamiento revive y sigue activo en la mente de muchos miles de personas que practican diversos oficios y profesiones, incluyendo las ciencias de la computación y las tecnologías digitales, de las cuales fue un claro precursor gracias a su máquina aritmética (§ 2.3 y 2.5) y a su característica binaria (§ 5.6). Supo homologar transculturalmente su aritmética digital y la intuyó en los caracteres Fo-Hi de la antigua China (§ 5.5 y 6.9). También la concibió transculturalmente en el entendimiento

divino y en la creación del mejor *kósmos* entre los infinitos mundos posibles. Gran aficionado a la música y a los contrapuntos y armonías barrocas, concibió un Dios Compositor, no solo Creador. En ese mundo mejor, en el que Leibniz existió y sigue existiendo, afirmó que está metafísicamente garantizado un progreso sin fin (§ 6.10). Fue un gran pesimista, puesto que teorizó la necesidad moral del mal, pero también un gran optimista. Fracasó en muchos proyectos, pero nunca se desanimó. Ni siquiera al morir. En su lecho de muerte prendió una vela para intentar seguir leyendo, pese a que ya no veía.

Para convertirse en el archifilósofo actual, como se dirá en el epílogo, empezó por ser un gran filósofo en vida. Con el tiempo ha ido a más, muy a más. Ahora bien: lo que hizo en vida también tiene gran interés, razón por la cual la filosofía de Leibniz es presentada en este libro conjuntamente con su vida, que fue muy intensa. En las páginas que siguen pondré el acento en algunos aspectos de su personalidad, que para él eran filosóficos, aunque hoy en día no son considerados tales. Valga como ejemplo su condición de cortesano profesional. El lema de Leibniz fue *Theoria cum Praxi*. Al dialogar con nobles y princesas en Hannover, en Wolfenbüttel, en Berlín y en Viena, hacía filosofía. También filosofaba al frecuentar las sociedades científicas de París, Berlín, Roma y Florencia, o cuando creaba academias en Alemania, Austria, Rusia e incluso Dinamarca. Leibniz pasó buena parte de su vida en Hannover, pero su espíritu habitó en otro lugar, mucho más ubicuo: la República de las Ciencias, las Artes y las Letras. Desde allí puso la vista en Europa, en China, en Rusia, en las Indias y en los mares, que le aportaron una gran metáfora para el *océano de saberes* (F. J. Fernández, 1998). Fue un decidido partidario del plurilingüismo y del multiculturalismo, por decirlo en términos actuales. Crear instituciones fue otra de sus maneras de filosofar: no cejó nunca, pese a las dificultades y fracasos. Tampoco renunció a su proyecto de reunificar las iglesias cristianas, que le ocasionó no pocos disgustos con sus convecinos hannoverianos y berlineses.

Fue archifilósofo por su magno proyecto intelectual y semiótico: la *characteristica universalis*. En este siglo XXI, gracias a la revolución digital, estamos empezando a entender a Leibniz más allá de sus importantes aportaciones a la lógica formal, que fueron muy estu-

diadas en el siglo xx y están todavía por investigar más a fondo (*ars definiendi*, *ars demonstrandi* y *ars inveniendi*). Concibió claramente la lógica proposicional, no en vano mejoró la silogística aristotélica, pero también investigó la lógica de términos, la lógica de relaciones, la lógica modal y la teoría de categorías. Todo ello sin olvidar sus obras metafísicas (*Monadologías*), gnoseológicas (*Nuevos ensayos*) y teológicas (*Teodicea*). Dicho todo lo anterior, no hay que olvidar que fue juez en ejercicio e hizo importantes contribuciones a las ciencias jurídicas (§ 1.6), por no hablar de los muchos años que dedicó a la biblioteconomía (§ 3.3), a la historiografía (§ 4.4 y siguientes), a la política (§§ 1.7, 3.1 a 3.4, 4.1, 5.7 y 5.8, 6.3 y 6.8) o a sus notables actividades como inventor, ingeniero eólico y empresario en las minas del Harz (§ 4.2). Filosofaba incluso cuando actuaba como consejero de Corte (§ 3.4), lo cual le hizo famoso e influyente en la Europa de principios del siglo xviii (apartados 6.2 y 6.6). Al abordar los problemas políticos de su tiempo también aplicaba su lema, *Theoria cum praxi*. En suma, fue un filósofo comprometido, pero siempre dialogante: defensor de los derechos de las personas y muy sensible a los animales y plantas. También fue archifilósofo como gran pensador de la vida y de la muerte. Este libro intenta hacer inteligibles las aportaciones teóricas de Leibniz al hilo de sus acciones, iniciativas, éxitos y fracasos. Se aplica, por tanto, la divisa *Theoria cum praxi* que él instituyó como emblema de la academia científica que fundó en Berlín a comienzos del siglo xviii, y que Kant retomó como lema propio décadas después.

Quiero agradecer muy sinceramente su colaboración a aquellas personas que han leído y a veces releído las versiones previas de este libro, contribuyendo decisivamente a mejorarlo. Me refiero a Belén Altuna Esteibar, Francisco J. Fernández y Mary Sol de Mora Charles. Agradezco asimismo a Siegmund Probst (Leibniz-Archiv, Hannover) los ánimos que me dio al iniciar la tarea. La publicación de la versión íntegra del texto final ha sido posible gracias al apoyo claro y decidido de Roberto R. Aramayo, director de la colección *Clásicos europeos* de la editorial Plaza y Valdés, así como el de Concha Roldán, presidenta de la Sociedad Española Leibniz.

Dedico este libro a Albert Heinekamp, el director del Leibniz-Archiv en los años ochenta y noventa del pasado siglo. Él me abrió las carpetas de manuscritos de Leibniz en 1976, así como los muchos libros y artículos sobre Leibniz que hay en la Landesbibliothek de Hannover, donde investigué durante cuatro años. En esa biblioteca me formé como investigador leibniciano, gracias a las becas de las Fundaciones March y Humboldt, así como del Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD, por sus siglas en alemán). En julio de 1980, cuando presenté mi segunda tesis doctoral y obtuve el grado de *docteur d'Etat-ès-Sciences et Lettres Humaines* por la Sorbona (Université Paris I), Yvon Belaval, como presidente del tribunal, me dio una lección magistral de una hora de duración y me enseñó, entre otras cosas, a ver el auténtico cadáver de Leibniz (§ 6.16). Sin aquellas primeras ayudas de Heinekamp y de Belaval esta obra no hubiera sido posible.

Javier Echeverría, enero de 2023